

Consideraciones

¿Por qué escribo este libro?

Una pregunta aparentemente sencilla de contestar, habida cuenta de los muchos méritos que tiene el personaje central del mismo, pero si se toman en cuenta otros aspectos de la personalidad artística de Guillermo Buitrago, la pregunta ya no sería tan fácil en su respuesta.

Existirían muchísimas razones y de distintos tipos, pero me animó escribirla, el deseo de reivindicar socialmente el nombre de alguien que ha sido, en muchísimas ocasiones, tomado como vicioso, alcohólico, irresponsable: como un tipo que hizo del trago y la parranda una especie de religión.

Guillermo Buitrago no fue un vicioso, ni hizo de la parranda una religión, si bien no estuvo exento, como muchísimos otros artistas, inmersos en la barahúnda de la farándula, de compartir atenciones y festejas sus éxitos musicales. Lo mal que hizo, a lo más que llegó, dentro de ese «pecado» que le atribuyen, fue a participar de algunas parrandas, de algunos festejos en los cuales había alcohol, pero nunca se supo de su afición tipo de drogas, algo tan común y excusables en los artistas de esta época.

Buitrago jamás fue el elemento que se quedaba tendido en el sardinel de una cantina o dormido en la mesa de un bar, presa del alcoholismo vicioso; tampoco incumplió

contratos. Ni lo hizo ni sus amigos, que sentían por él verdadera devoción, lo hubieran consentido. A Buitrago le sobran lechos donde dormir una juma.

Era una persona popular que atendía algunas invitaciones y se tomaba sus tragos, pues tampoco era un santo, pero jamás incumplió un compromiso, jamás fue un tipo que dio un espectáculo grotesco por efecto del alcohol ni por nada, jamás fue una persona que tuvo un desplante, ni tuvo una situación de mal gusto en el aspecto social o artístico.

Guillermo Buitrago ha sido víctima de la conspiración del silencio, del olvido y la indiferencia. Conspiración del silencio porque nadie se quiso ocupar de Buitrago durante los primeros treinta años de su muerte. El primer gran trabajo que se hizo sobre él lo realizó Álvaro Ruiz Hernández, en el año de 1979, a raíz del 30° aniversario de la muerte de Guillermo Buitrago cuando publicó unas crónicas en el Diario del Caribe tituladas “¿Qué se hizo la guitarra de Buitrago?” y “Buitrago, el Gardel del Vallenato”. Las suyas fueron inquietudes que alborotaron un poco el cotarro, además de contagiar a otros investigadores, como el historiógrafo Julio Oñate Martínez, quien buscó afanosamente, con una actividad casi febril, la guitarra, hasta hallarla y realizar después una serie de programas. Pero, con todo y eso, han sido pocos los que se han ocupado de él, para rescatar su memoria del olvido. Otros, en cambio, siguieron tergiversando la vida de Buitrago, como lo habían hecho antes.

Es necesario sacarlo del olvido y de la indiferencia, porque en los certámenes de importancia y en los centros de producción de la música por los que Buitrago luchó, a los que les abrió mercados nacionales e internacionales, a los que vistió de frac, no se le nombra o recuerda.

No solo no le han hecho, como deberían hacerlo, un busto, una estatua a Guillermo Buitrago, en esos escenarios, en esos festivales, sino que ni siquiera lo mencionan, y por el contrario,

quieren, en un vano intento, quitarle la gloria, restarle méritos a su talento, cuando dicen que unas tales y tales canciones no eran de Buitrago y que aparecen como de él. Jamás se ha ocupado en decir, por supuesto, que Buitrago compuso, sin ningún tipo de cuestionamiento, sin ninguna clase de duda, más de ciento veinte canciones. A Buitrago no le pueden atribuir las decisiones de las casas disqueras que, en razón de la importancia de su nombre, de firmar como suyas canciones de compositores amigos de Buitrago, a quienes él, al grabarles, los dio a conocer en el mundo musical de la naciente industria discográfica.

Este libro pretende restablecer la verdad, además de ratificar la contribución de Buitrago a la música popular del país, en la que logró imponer un estilo: una marca inconfundible, además de ayudar a difundir la música de esta parte del país, de abrirle camino... Eso hizo Buitrago con la “música vallenata” que si hoy goza de los más altos índices, los más elevados niveles de producción, de venta y de difusión, deben al menos reconocer el mérito de quien fue sin discusión uno de los pioneros e indudablemente el primero en hacerla internacional y en sacarla de los baúles olvidados en las viejas chozas de los pueblos de más allá de las Sabanas del Diluvio, de todo ese Magdalena Viejo. Ese es uno de los méritos de Buitrago al difundir temas que, más de sesenta años después, perviven en los gustos de otras generaciones. Sin ese impulso inicial de Buitrago, omitido reiteradamente, quién sabe cuánto tiempo habría pasado para que se conociera la suerte de muchos de sus compositores.

Este libro se hace para recordar los méritos de Buitrago y para que su nombre no siga borrado de la memoria colectiva de su gente.

Presentación

Joaquín Vilorio De la Hoz

Al cumplirse 100 años del natalicio de Guillermo Buitrago, la Universidad del Magdalena, con el apoyo del Centro Cultural del Banco de la República de Santa Marta, decidieron reeditar esta obra de Edgar Caballero Elías, publicada por primera vez hace más de dos décadas. Para esta reedición, *Chichi* Caballero revisó ese primer trabajo rico en información, pero carente de una rigurosa corrección de estilo (Samper Pizano, 2000). Este nuevo libro ha sido enriquecido no solo con información adicional, sino además con una escritura más limpia, fotografías poco conocidas y bibliografía actualizada.

Guillermo Buitrago nació en Ciénaga, cuando esta ciudad estaba en pleno furor bananero bajo el monopolio de la multinacional estadounidense *United Fruit Company - UFCo*. En los inicios de la bonanza, en la primera década del siglo XX, muchas de las antiguas casas de Ciénaga fueron demolidas y remplazadas por unas construcciones de estilo republicano, bajo la dirección de un arquitecto norteamericano recomendado por la *UFCo*. Esas nuevas construcciones donde pasaron a vivir los terratenientes cienagueros y los comerciantes llegados de todas partes, configuraron el centro histórico de Ciénaga que varias

décadas después sería declarado Monumento Nacional y Pueblo Patrimonio.

Ciénaga fue el municipio de mayor población y dinámica comercial del departamento del Magdalena durante el siglo XIX y gran parte del XX. Las bonanzas tabacalera y bananera generaron un flujo migratorio desde las diferentes regiones colombianas, y también del exterior, hacia Ciénaga y toda la zona agrícola que se extendía desde esta población hasta Fundación (Viloria, 2009). Durante el *boom* bananero llegaron de la Guajira y la Mojana los padres de Gabriel García Márquez (1927-2014), del Tolima la familia de Leo Matiz (1917-1998) y de Antioquia el padre de Guillermo Buitrago (1920-1949), para solo citar a estos tres personajes. Pero también llegaron los españoles Ramón Vinyes, el Sabio catalán de *Cien años de Soledad*, y el comerciante Agapito Clavería, en cuya tienda trabajó Roberto Buitrago, el padre de Guillermo.

La madre de Guillermo Buitrago fue la cienaguera Teresa Henríquez de la Hoz. Su familia paterna fueron judíos sefardíes que llegaron a Ciénaga a mediados del siglo XIX. En ese período, la subregión agrícola se abrió al mercado internacional, cuando algunos empresarios europeos y otros locales aprovecharon el fin del estanco del tabaco para iniciar los cultivos de la hoja. Uno de esos fue Jacob Henríquez de Pool, judío sefardí de padres curazaleños, quien conformó junto con otros empresarios una sociedad para cultivar tabaco y exportarlo a Alemania. Por su parte, la familia De la Hoz tenía una larga tradición en la subregión del Bajo Magdalena, en poblaciones como Sabanalarga, Soledad, El Piñón o Ciénaga, donde se destacaron algunos de sus miembros como médicos, ganaderos, comerciantes o telegrafistas. Ese fue el entorno familiar que encontró Guillermo al nacer: un padre antioqueño, comerciante como casi todos, quien abandonó a su familia costeña y se remontó de

nuevo en tierras andinas. Una madre cienaguera que se hizo carga de toda la prole de sus siete pequeños hijos.

Guillermo creció en una ciudad que era tanto el epicentro de la economía bananera, así como portadora de una tradición musical que se enriqueció con los aportes de las migraciones que pasaron por allí de tiempo atrás. Así, por ejemplo, la pequeña colonia cubana que se estableció en Ciénaga a finales del siglo XIX trajo consigo parte de su cultura musical, que luego fue difundida desde las primeras décadas del siglo XX por los discos en acetato y la radio. Los cubanos también fueron los encargados de introducir el negocio de las “academias de baile”, que funcionaban como unos burdeles encubiertos donde se producía música para banda con letras picantes. En estas “academias” trabajaron y dieron sus primeros pasos músicos como Eulalio Meléndez, Lucho Bermúdez, Andrés Paz Barros, Antonio María Peñaloza y Humberto Daza, entre otros (Moscarella, 2002). Además de los anteriores, en esta subregión desarrollaron parte de su carrera musical artistas como Esteban Montañón, Julio Bovea, Pacho Rada, Abel Antonio Villa y Luís Enrique Martínez, entre otros.

Cuando Buitrago se hizo músico y empezó a crecer su fama, salió de Ciénaga para hacer presentaciones en Santa Marta, Fundación, Barranquilla, Cartagena y Valledupar, entre otras poblaciones. En Valledupar conoció a compositores como Rafael Escalona y Tobías Enrique Pumarejo, grabando por primera vez la música provinciana de carácter rural, llevándola a escenarios urbanos como Barranquilla, Cartagena, Bogotá y otras ciudades. Es por eso que Buitrago ha sido considerado como el precursor de la música vallenata, al grabarla en su estilo característico con guitarra en 1943. Al año siguiente Abel Antonio Villa hace la primera grabación con acordeón, en cuyo conjunto también estuvo Buitrago con su guitarra (Viloria, 2018).

Los orígenes de ese estilo híbrido de Buitrago de cantar y de tocar la guitarra se puede encontrar en la tradición musical cienaguera, que se remonta hasta finales del siglo XIX con Eulalio Meléndez; a la influencia cubana que dejaron los inmigrantes que llegaron a la región, así como a los discos y emisoras cubanas que se sintonizaban en Ciénaga y todo el Caribe colombiano; al ancestro andino de su padre y muchos de los comerciantes de Ciénaga, que trajeron consigo la tradición musical de su terruño y la música provinciana del Magdalena presente en Ciénaga.

El libro de Edgar Caballero Elías nos muestra unas facetas de Buitrago como precursor no solo de la música provinciana o vallenata, sino de otros proyectos poco conocidos como periodista y publicista. Es así como Buitrago editó unas publicaciones que él mismo producía y vendía puerta a puerta y grabó *jingles* que varias empresas de Ciénaga, Santa Marta, Barranquilla y Cúcuta le contrataron al *Jilguero de la Sierra Nevada*, como lo bautizó el empresario cartagenero Antonio Fuentes.

Cuando estaba en un momento creciente de su carrera y con el proyecto de internacionalizar su música, Guillermo Buitrago murió en 1949, a la edad de 29 años. El vallenato apenas empezaba a consolidarse y en las dos décadas siguientes el acordeón se impuso como el instrumento líder de este género musical, desplazando la guitarra a un segundo plano. Siete décadas después de la muerte de Buitrago su música sigue viva, principalmente en época de fin de año, y en Ciénaga se celebra desde hace varios años el Festival de Música con Guitarra Guillermo Buitrago. Larga vida y buena salud para este Festival.

Agradecimientos

Estos esfuerzos, que vuelvo a organizar después de muchos años, se publican gracias al empeño de Joaquín Viloría De la Hoz, quien insistió en que mi texto sobre Buitrago reclamaba otra edición; a la Universidad del Magdalena, que puso a disposición su equipo editorial en cabeza de Jorge Elías; a Clinton Ramírez, quien con paciencia y cariño corrigió esta nueva edición. También a la joven Lorena Lacera, quien con dedicación y paciencia transcribió el libro completo para esta edición.

Muchas gracias

Capítulo I

Ciénaga

El nido de El Jilguero

Ciénaga está situada sobre una inmensa planicie salitrosa, en un valle fértil, circunscrito al norte por el mar Caribe y el río Córdoba, al este por las estribaciones de la Sierra Nevada, al oeste por la laguna del Pueblo Viejo y la gran albufera llamada Ciénaga Grande y al sur por el río Frío. Goza de una localización privilegiada. Dista veintiocho kilómetros de Santa Marta, setenta de Fundación y sesenta de Barranquilla, la capital de la región Caribe de Colombia. El Centro Histórico y algunas de sus edificaciones son Monumento Nacional desde diciembre de 1994. En la Plaza del Centenario están situados la Iglesia San Juan Bautista, el palacio de gobierno y el templete: estos últimos construidos en las primeras décadas del siglo XX, en pleno esplendor del negocio bananero (Correa, 1996). La Plaza del Centenario, con el templete en el centro de su estrella masónica, fue diseñada y construida para celebrar los cien años de vida republicana del país.

En esta población, en 1920, nació Guillermo Buitrago. Ciénaga era para esta fecha la capital del lucrativo negocio del banano y vivía un acelerado proceso de crecimiento urbano, demográfico y comercial.

El auge del banano favoreció una masiva inmigración tanto de extranjeros como de colombianos de otras regiones del país, atraídos por el dinero y los espejismos del banano. Se empezaban a sentir, sin embargo, los malestares del monopolio bananero de la *United Fruit Company* entre pequeños propietarios, colonos, comerciantes y obreros que, luego de varios intentos de huelgas, desembocó en la Masacre de obreros de 1928, ocurrida en la plaza de la estación del ferrocarril, acontecimiento que el niño siguió en las voces y los temores de mayores y vecinos.

En este ambiente de crecimiento y tensiones llega el padre de Buitrago a Ciénaga, en donde conocerá y desposará a la madre del futuro compositor y cantante. Su niñez y adolescencia las vivió, pues, en una ciudad que se caracterizaba por contar con varios periódicos, compositores, músicos y poetas, algunos de renombre como Gregorio Castañeda Aragón, el Poeta el Mar. Un ambiente sin duda favorable para el desarrollo artístico de un muchacho de sus aspiraciones y que encontró en las emisoras, fundadas a principios de los años treinta, una valiosa plataforma de lanzamiento.

Un lugar llamado La Manglaría

La Manglaría era un amplio playón del barrio Carreño adonde en el pasado llegaban a descansar pescadores y cortadores de leña, luego de extenuantes jornadas en los caños de la Ciénaga Grande y en sus selvas de mangles. Allí, al amparo de enramadas y ranchos improvisados, el barrio creció al establecerse en sus predios obreros del banano, empleados del ferrocarril y trabajadores del puerto fluvial que permitía el comercio y tráfico de pasajeros con la pujante Barranquilla.

Quedaba al sur de la ciudad, al final del viejo callejón Olivo (Carrera 6) con la calle 24, y debía el nombre a la gran cantidad

de mangles que había en el lugar. Era el más musical de los barrios de Ciénaga: lugar de cumbias y festejos.

Toda una larga lista de importantes músicos vivía allí o se reunía en el sector. Algunos de ellos fueron: Enrique Álvarez, Juan Martínez, José Rosario Caguana, Gustavo Rada, el profesor Marcos Guillot Sánchez, Esteban Montaña, Manuel Yépez, Agustín Polo, Tomas Fandiño, Abelardo Carbonó Lobo, José Rodríguez, Leopoldo Sierra, el maestro Jorge López Palmarini, Santiago Padilla. Algunos vivían allí y eran humildes pescadores.

Gustavo Rada, por ejemplo, es el autor de “La araña pelúa”, cuya anécdota central sucedió durante un agasajo en su casa y a la que asistió Buitrago. Esteban Montaña, oriundo del vecino municipio de Pueblo Viejo, es el autor de la letra de “La cumbia cienaguera”, del paseo “Por ella”¹ y sería uno de los rivales musicales de Buitrago, con quien sostuvo varias piquerías en un teatro de la ciudad. Buitrago le grabó el paseo “Buitrago me tiene un pique” y el merengue “Las contradicciones”.

La idea de La Manglaria, como nombre para el barrio, nació gracias al poeta Armando Torregrosa Pérez, quien un día, al calor de unos tragos y entusiasmado con aquellas reuniones de músicos, exclamó: “¡Ahí tenéis La Manglaria! ¡Viva La Manglaria!” A lo que todos contestaron: “¡Viva La Manglaria! ¡Viva La Manglaria!”.

Buitrago, como buen amante a la música, una vez conoció el lugar, empezó a frecuentarlo. El barrio fue significativo para la música de la región y para Buitrago. Algunos conocedores, ganados por el estilo musical de Buitrago, coincidían en afirmar que su llamativo estilo al componer e interpretar le debía mucho a la alegría y el picante de los músicos de La Manglaria.

1. La letra de esta canción pertenece al poeta y educador de Tasajera (Pueblo Viejo) Santiago Montaña Castro.

La Manglaria fue, en todo caso, un sector muy importante para la música popular de Ciénaga y la de Guillermo Buitrago en especial: música sencilla, alegre, con ritmo que se componía casi de oído y con una letra auténtica, llena de gracia, en la que se relataban hechos de la vida cotidiana.

César Castro Hernández, músico y compositor cienaguero, en homenaje al popular barrio sureño de Ciénaga, compuso, en ritmo de paseo, un tema de nombre homólogo, cuya letra transcribo:

La Manglaria

*En la región sur de este municipio
se encuentra allí una zona que la llaman La Manglaria
unos me dicen yo preparo mi atarraya
para buscar lo que solicito.
Entonces cantemos a La Manglaria
a esta zona que es muy linda de adornarla
cantaremos todos emocionados, tocaremos con toda la alegría
y tocaremos armonía para este suelo idolatrado.
Por allá juntico está el barrio de los pescadores
que al atardecer se marchan complacidos
cuando está muy lejos se escuchan los rumores
de ese mar que vive embravecido.*

*Cantaremos todos emocionados
tocaremos con toda la alegría
y tocaremos armonía
para este suelo idolatrado.
Carlos Matheus es un mozo inteligente
Armoniza entre nosotros la música en la guitarra
nos dice que llevará en su mente
que llegue a la meta La Manglaria.*

La ciudad de los pianos y las guitarras

Buitrago nació y creció en una ciudad en franco crecimiento, con una rica tradición cultural y musical asentada, reconocida en la región y el país (Caneva, 1998). Nace en una ciudad con destacados compositores y músicos como Eulalio Meléndez (el célebre autor de la música del Caimán y de “La piña madura”), Dámaso Hernández y Andrés Paz Barros: compositor de la famosa “Cumbia cienaguera”, a quien trató y de quien interpretó, entre otras piezas, el paseo “Dame tu mujer José”, inspirado en un motivo pícaro sucedido a un amigo² de Paz Barros en Sevilla, trabajador de la United Fruit Company.

Esta tradición empezó a forjarse medio siglo antes de nacer el músico y es fácil de rastrear cuando se estudian los antecedentes musicales de Eulalio Meléndez, quien aprendió a tocar piano bajo la tutela del músico José C. Alarcón, padre del gran pianista colombiano Honorio Alarcón. Meléndez, que murió en Ciénaga en 1916, a la edad de setenta años, es el autor de una canción que Buitrago haría famosa, “La piña madura”, que compuso en 1881, con motivo del agasajo que la sociedad de Ciénaga le ofreció al ingeniero, político y novelista Jorge Isaac, que investigaba la existencia de minas al sur del municipio. Meléndez, quien dirigió bandas en distintos puntos de la región y creó una escuela de música en Ciénaga (en 1906), compuso la emblemática pieza “El helado de leche”, especie de himno de la sociedad samaria. Paz Barros, alumno y seguidor de Meléndez y sus hijos, pondrá a disposición de Buitrago temas suyos a los que éste, con fino instinto musical, les mejoró las letras o les puso letras y grabó, como sucedió con la canción “Por el amor

2. Un gringo de la empresa bananera, enamorado de la mujer del amigo de Paz Barros, se la solicita a su subalterno a cambio de una supuesta deuda monetaria. Buitrago transforma la letra, aunque deja, según Paz le explicó a Guillermo Henríquez (1970), el nombre del amigo: José.

de Claudia”, en cuyos arreglos Paz participó y cuyo título inicial era “De Ciénaga a Santa Marta”, según el músico le comentó al investigador Guillermo Henríquez Torres a principios de los años setenta del siglo pasado.

Esta tradición cultural y musical de Ciénaga es la que Buitrago canaliza y catapulta de manera intensa en el último lustro de los años cuarenta. Esta tradición musical culta y popular a la vez, con el piano y la guitarra como instrumentos nucleares, explica que en Ciénaga haya habido un gran aprecio por la música y hasta una academia dedicada a formar músicos en los años veinte y treinta del siglo XX, institución en la que estudió un muchacho humilde, zapatero de oficio, Andrés Paz Barros: músico de pentagrama, como también lo fue Dámaso Hernández, quien llegó a ser subdirector de la Banda de Música de la Policía del Atlántico. Ciénaga era, ciertamente, la ciudad de los espejismos y los pianos, que tocaban por igual hombres y mujeres de las familias pudientes³, enriquecidas en el comercio y en los cultivos y explotación de la madera, la caña de azúcar, el tabaco y el cacao, mucho antes de la aparición y la hojarasca del banano, a finales del mismo siglo. Era también una ciudad de guitarras y de destacados guitarristas, la mayoría de ellos de origen popular, pero de sólida formación. Esta tradición la mantuvieron viva, andando el siglo XX, hombres de la talla de Efraín Burgos García⁴ (Burgos, s.f.) y agrupaciones como el

3. Una de ella es la célebre Juanita Monsalvo, quien, en 1865, a los dieciocho años, migró a Valledupar, donde enseñó solfeo y piano a los hijos e hijas de la élite. Ella dio origen a una rica tradición de músicos y compositores, como reconoce un bisnieto suyo, Efraín Quintero Molina, en crónicas aparecidas en el diario *El Pilón* de Valledupar en fechas recientes (2020).

4. Efraín Burgos fue uno de los grandes ejecutantes de la guitarra en su tiempo. Hizo vida europea en la segunda mitad de los años sesenta. Se presentó varias veces en el Teatro Olympia de París, ciudad donde vivió. Es el heredero de una tradición de reconocidos guitarristas cienagueros: José y Domingo Mazilli Ribón, Alfonso Cayón, Marcos Guillot Sánchez, José Hilario Castro, Santiago Padilla, Hispano Góngora y

Trío Cienaguero, para mencionar un trío con una vigencia de más de medio siglo: sobresalientes continuadores de la música de Buitrago y espejos de las posteriores generaciones de artistas de este instrumento.

Efraín González. Fue alumno de Andrés Paz Barros a finales de los años cincuenta. Murió en Ciénaga, en 1995, ciudad en donde naciera en 1938. Actuó en las orquestas de los Hermanos Martelos y en la Tropibomba, entre otras agrupaciones. Muy joven, en Girardot, conoció al bolerista colombiano Tito Cortés, con quien anduvo de gira un corto tiempo.